

—¡Vos!—dijo.

Y al mismo tiempo se lanzó al encuentro de una joven que entraba en la casa inmediata.

XI

¡Sorpresa!

Era Aurora Milton, que con un paquete debajo del brazo iba á entrar en aquella casa de aspecto algo más decente que la de los hermanos Grünbach.

Al ver que el barón se dirigía á ella, se paró, tratando de recordar quién era, porque tenía un recuerdo vago de haber visto á aquel hombre en alguna parte.

¿Pero dónde?

El barón, al acercarse á ella, repitió:

—¡Cómo! ¿Vos aquí; por qué feliz casualidad?...

Y como la fisonomía de la joven expresaba una gran sorpresa, añadió:

—¿No me conocéis?... El barón Saint-Aubin, Máximo Saint-Aubin... He tenido el honor de veros en Aubignac, en casa de uno de mis buenos amigos, el señor de Caylus... ¡Ah! yo no os he olvidado Sois aquella joven...

—Sin padres—concluyó Aurora.

—¿Qué venís á hacer á esta casa?

—Vivo en ella.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde mi llegada á París; es decir, desde hace cerca de nueve meses.

Aurora quiso seguir su camino.

Después de todo, ¿qué le importaban á aquel desconocido los asuntos de ella?

El barón repuso con tono insinuante:

—No, esperad un momento. Tal vez no sea todo casualidad en este encuentro. Ya sabéis que á todos nos inspirábais una viva simpatía allá, en aquel castillo de Aubignac, donde os habéis criado, creo.

—En efecto.

—No me atrevo á preguntaros por qué lo habéis abandonado.

—Porque me era imposible seguir allí más tiempo. No poseo nada y ya he llegado á edad en que es preciso ganarse la vida...

—¿Y á eso habéis venido á París?

—¿No es aquí donde se refugian todos los desgraciados?

—Y también los ambiciosos que piensan hacer fortuna.

—Yo no tengo más ambición que la de vivir...

—¿Y lo conseguís?

—Con mucho trabajo.

En la voz de la joven había una sorda irritación, un desaliento que no podía disimular, á pesar de sus esfuerzos.

El barón la examinaba atentamente y se sorprendía al ver el cambio que en ella se había verificado.

Su frescura había desaparecido para hacer lugar á una palidez que no era todavía enfermedad, pero que parecía cerca de serlo.

Sus ojos estaban tristes, sus labios habían perdido su color rojo y tomado una expresión de disgusto y de cansancio.

Su abatimiento era tan visible, que el barón no pudo menos de preguntarla, movido por la piedad:

—¿No sois feliz?

Aurora no respondió.

El barón preguntó de nuevo:

—¿No os va bien en París?

—¡Oh, no!

Esta exclamación fué el grito del corazón, una queja exhalada sin querer y de la que se arrepintió en seguida.

—Después de todo, ¿por qué admirarme — dijo con viveza, — cuando tantas jóvenes están en el mismo caso que nosotras?...

—¡Decís «nosotras»!... ¿Luego no estáis sola?

—No, vivo con una amiga, antigua compañera de colegio, tan pobre como yo... Su compañía me da valor... Nos animamos la una á la otra... y pasamos los días difíciles, esperando otros mejores... Vendrán tal vez...

—Si yo pudiera seros útil...

La joven meneó la cabeza.

¡Cuántos la habian dicho lo mismo desde su llegada á París! Pero sabía á qué precio se hacen pagar sus favores la mayor parte de los protectores.

Sonrió melancólicamente y dijo:

—Os doy las gracias... Con fuerza de voluntad conseguiremos salir de apuros.

Saludó inclinándose y entró en la casa, sin que el barón tratase de detenerla.

Cuando ella hubo desaparecido, Saint Aubin montó en el cupé y ordenó al cochero:

—¡Al hotel!

El coche se dirigió hacia los muelles, y el barón se entregó á sus reflexiones.

La situación era grave.

Ya no tenía de donde sacar dinero.

El manantial, que habia debido creer inagotable, habia concluido.

El Banco estaba sobre aviso.

En Londres y París circulaban rumores: una sociedad de falsificadores esparcía con profusión billetes cuyo parecido con los verdaderos era exacto.

Todo el mundo se preguntaba dónde estaría la fábrica, y la policía secreta registraba por todas partes con sus ojos de lince que ven en las tinieblas.

Necesitaba emprender un camino nuevo, buscar otros medios de fortuna, volver á empezar su vida de aventuras, imaginar alguna intriga de donde sacar nuevos millones para continuar haciendo la vida de lujo y de placeres que desde hacia algunos años llevaba.

Y de cuando en cuando se preguntaba, cómo, cuándo habia visto en Aubignac la encantadora cara de Aurora Milton:

—¿En dónde he visto yo esas facciones?

A la vuelta de su viaje á la Auvernia, distraido por las mil agitaciones de París, habia olvidado aquella pasajera visión y el encuentro imprevisto que acababa de tener reavivaba sus recuerdos.

Obstinadamente y á despecho de sus terribles ansiedades, se preguntaba:

—Yo conozco alguien que se parece á ella, ¿pero quién?

Y volvía á ser presa de la gran angustia que le dominaba, de la punzante inquietud, que quería suponer vana y sin fundamento.

Aquello no debía ser más que una alarma infundada.

¿No estaban tomadas todas las precauciones?

¿No estaba disfrutando de aquel fraude desde hacía quince años?

La imitación era admirable, imposible de distinguir los billetes falsos de los buenos.

Los Grünbach, aquellos alsacianos tan científicos, tan hábiles en su especialidad, lo afirmaban.

Por otra parte, Savit y Cunt gozaban en Londres de un crédito excelente y de una reputación grandísima.

No tenían cómplices.

Sólo ellos conocían la operación.

También lo sabía Olimpia Andral.

Pero esta no hablaría nunca. Le adoraba. Se hubiera sacrificado por él.

¿Qué tenía que temer, pues?

Cuando el coche atravesó el puente de la Concordia, estaba casi sereno.

En lo sucesivo seguiría los consejos que los acontecimientos le daban.

¡Economizaría!

Tranquilo ya, mientras subía los Campos Elíseos, se puso á pensar en aquella Aurora Milton, á quien acababa de encontrar en el momento en que menos lo pensaba.

En verdad, el mundo está lleno de misterios.

Aquel le daba que pensar.

¡Una joven de una rara belleza, distinguida, hecha para brillar, educada misteriosamente en un castillo de provincia, en la Auvernia, y á quien encontraba de improviso en París, entrando en una casa horrible, pobremente vestida, con un lio debajo del brazo, como la obrera que lleva su labor y trabaja quince horas diarias para ganar apenas lo necesario para no morir de hambre!

¿Cómo había ido á parar á aquella casa tan sucia de la calle de San Andrés de las Artes, donde no tardaría en ajarse y perder todo, belleza, frescura, ánimo y salud?

Llegaba al Arco de la Estrella, cuando su cupé pasó al lado de otro que llevaba la misma dirección.

El barón se inclinó maquinalmente para mirar á la persona que ocupaba aquel carruaje, y de pronto se dió un golpe en la frente con la mano.

—¡La señorita de Arvil!... —pensó.—¿Dónde tenía yo la cabeza?... ¡Esa joven es su vivo retrato!

Casi en seguida pensó que esta idea era absurda.

¿Qué relación podía haber entre la señorita de Arvil y la desconocida que acababa de encontrar?

Entretanto los dos cupés marchaban casi unidos, y el barón podía examinar á su gusto la fisonomía de su vecina.

Y cuanto más la miraba, más le llamaba la atención aquel parecido verdaderamente admirable.

La señorita de Arvil no se ocupaba de él.

Recostada en uno de los rincones del coche, con la cabeza algo inclinada sobre el pecho, los ojos fijos, pero sin vista, por decirlo así, parecía absorta en profundas reflexiones.

El barón se decía:

—¡Es extraordinario! ¡Esa joven tiene sus ojos, su frente... en fin, todas sus facciones!

Cuando llegó á la puerta de su hotel, el cupé de Magdalena se paraba delante del de su amiga la señora Chagny, con quien iba á almorzar,

Y mientras esperaba que le abrieran la puerta, examinaba á la señorita de Arvil, que se apeaba del coche y lo despedía.

—¡Es su estatura, su cabeza, su cuerpo!... ¡Esto es raro!—se decía.

Cuando se encontró en el comedor de su casa, solo con el criado que le servía, preguntó:

—¿Ha salido Jesús?

—Creo que no, señor barón.

—Id á ver, y si está en casa, decidle que venga, y dejadnos solos.

Jesús no estaba lejos.

Desde la víspera esperaba alguna confianza de su amo.

El era quien había entregado al barón la carta llegada de Inglaterra.

Ciertamente, el aventurero dominaba sus nervios; nadie como él sabía dominarse y ocultar sus impresiones.

Sin embargo, al recibo del imprevisto aviso de sus socios, ó mejor dicho, de sus cómplices no había podido reprimir un ligero movimiento de cólera y tal vez de temor.

Piriac estaba al acecho.

En el fondo, á pesar de su tranquilidad personal, sobre todo desde hacía poco tiempo, el amigo de Jaime Fugeret se sentía en pleno misterio.

En aquel hotel, cuyo lujo estaba sostenido solo por rentas de origen desconocido, vivía rodeado de tinieblas.

El barón, tan luego como entró en el comedor, una pieza pequeña, pero puesta con gusto, elegante y confortable, le dijo con viveza:

—Cierra la puerta y coge una silla... Bien.

Y ahora contéstame. Me has hablado algunas veces de un amigo que tenías...

—Y que tengo todavía.

—Un tal...

—Jaime Fugeret.

—¿Qué es de él?

—El pobre diablo está en vías de hacer muy buena carrera.

—¿Es general, según creo?

—De brigada.

—¿Dónde está?

—En el Tonkin... herido.

—¿Grave?

—Lo bastante para verse obligado á pedir una licencia ilimitada ó el retiro.

—¡Ah, diablo!

—El hecho ha dado bastante ruido. Se portó allí como en todas partes, como un valiente.

—Eso se dice.

—Pero no tiene suerte. Ya me lo había anunciado cuando se marchó.

—¿Luego es profeta?

—No, pero se tienen presentimientos.

—¿Entonces vendrá á Francia?

—A menos que deje allí los huesos. Según las últimas noticias, estaba entre las manos de los médicos.

—Mal negocio.

—Ha recibido dos balazos, uno en el muslo y el otro en el cuello. Y en este estado se apoderó de una posición que se creía inexpugnable... No dejó el mando hasta después de haber derrotado completamente al enemigo...

—¡Caramba!—dijo distraidamente el barón.

Piriac continuó:

—Puede ser que se disponga á venir, ó tal

vez haya muerto... Hace cerca de dos meses que no oigo hablar de él...

Saint-Aubin no parecía escucharle.

Evidentemente estas preguntas acerca de Jaime Fugeret no eran más que para ocultar su verdadero fin.

Saboreaba á sorbos un vaso de delicioso Médoc.

Y de pronto preguntó á su compañero:

—¿Has almorzado?

— Todavía no.

—Llama.

Piriac obedeció.

El groom que servía el almuerzo al barón abrió la puerta.

—El café—ordenó Saint-Aubin.

—Pero...

—¡Nada de observaciones!... Vamos, despacha y vete... ¡Pronto!

Cuando la orden fué ejecutada, el barón dijo familiarmente á su antiguo compañero:

—Ponte ahí.

Ciertamente el barón era un vividor sin preocupaciones, uno de esos seres que abundan en París, dispuestos á todo, ó poco menos, para satisfacer sus necesidades de goces, de bienestar, de lujo y de placeres de toda clase; pero era también un hombre fuerte, muy bien dotado, tanto en lo físico como en lo moral, y tal vez más en lo moral que en lo físico.

Toda huella de preocupación desapareció como por encanto. Su rostro no indicaba más que buen humor y la satisfacción de vivir que demostraba en sus buenos momentos.

Piriac, sin embargo, no se dejó engañar por este cambio repentino,

Conocía perfectamente al barón.

Después de haberse asegurado de que las puertas estaban bien cerradas, se sentó enfrente de su amo delante de un cubierto que se sirvió él mismo.

La mesa estaba lo suficientemente surtida para dos.

El vino no faltaba.

Un magnífico pollo frío, casi entero, rodeado de gelatina, estaba sobre la mesa.

El barón le colocó delante de su compañero, diciéndole:

—Busca ahí tu vida. Siempre será mejor que nuestro rancho de otros tiempos.

Al mismo tiempo, con un gesto amistoso, indicaba los restos de su almuerzo: un pedazo de carne de vaca, frutas, camembert, confituras y el café que se estaba haciendo en una de esas cafeteras rusas tan á la moda entonces.

Por su parte, se apoyó de codos en la mesa y preguntó, sin que al parecer diese gran importancia á su pregunta:

—El tal Fugeret, el general, ¿no era de origen Bretón, bastante humilde?

—Exactamente, igual que yo...

—¿Del mismo país?

—Próximamente.

—¿Creo que de los alrededores de Rennes?

—En efecto.

—¿Es allí, si no me equivoco, donde los de Arvil tenían una finca?

—Precisamente.

—¿Se llamaba?...

—Y se llama aun La Forge.

El barón preguntó con indiferencia:

—¿Dónde almuerzas de ordinario?

—En cualquier parte.

—Eso es muy vago...

—La mayor parte de las veces en casa de un almacenista de vino, Avenida de la Gran Armée.

—¿Bien?...

—Regularmente. Y no es caro. La cocina es variada, el público también... Más cocheros y empleados que capitalistas, pero de todos modos, gente distinguida... Hay gente de talento en todas partes. Hago estudios de costumbres y de economías... Eso me gusta... Soy holgazán por naturaleza y valgo para poco... He tenido una verdadera suerte al encontraros...

El barón no le escuchaba.

Estaba pensativo.

Al cabo de un momento preguntó:

—De qué estábamos hablando?

—Preguntábais por la Forge, la finca de los señores de Arvil.

—Eso es. ¿No ocurrió allí hace años una aventura?

—¿A propósito de qué?

—La señorita de Arvil tenía un novio....

—Sí.

—¿Qué clase de hombre era?

—Un amigo de la infancia, casi un pariente, el vizconde de Bures...

—¿Se suicidó?

—Así lo dijeron... en Italia ó en Suiza. De todos modos, lo que sí es cierto, es que marchó allá sano y bueno y volvió en un ataúd... Su madre murió de pena pocos días después.

—Lo que no impide al coronel de Brancur, que debía odiar á esta señorita de Arvil á causa de la muerte de su hermana y de su sobri-

no estar en las mejores relaciones con ella... Parece ser que no se pasa un día sin ir á la avenida de Messina, donde permanece horas enteras... Y aun podría suponerse que...

—¡Oh!—exclamó Piriac escandalizado.

—¿Qué? El coronel está todavía bien conservado. A pesar de su edad, tiene restos de su juventud. Parece que ha sido uno de los hombres más galantes de su tiempo. Y estos viejos son como los prados de regadío, después del heno vienen los retoños.

El bretón se preguntaba á donde quería ir á parar el barón. No tardó en saberlo.

Mientras él devoraba con admirable apetito una pata de pollo, Saint-Aubin se servía una taza de café, que al parecer le interesaba más que el suicidio de aquel desgraciado vizconde de Bures.

Acabó de disolver con cuidado en su taza tres terrones de azucar y encendió un excelente cigarro, diciendo entre dientes:

—Todo es raro en los asuntos de esta señorita de Arvil. ¿Magdalena, según creo?... preguntó volviéndose á Piriac.

—Sí, Magdalena, una joven de extraordinaria belleza, hace unos veinte años.

El bretón acentuó su entusiasmo hacia élla añadiendo con convicción:

—¡Voto á bríos! ya lo creo.

—¡Eh! ¡Eh!—dijo el barón—no sería mejor que hoy... Es adorable esa Magdalena... No se aburrirá el coronel...

—¡Oh! á mi juicio—dijo Piriac—sus relaciones son de lo más inocente... Padre é hija, tío y sobrina. ¿No ha estado á punto de serlo del coronel?...

—Pero no lo ha sido... por culpa suya...

—Tal vez—objetó Piriac.

—Sí—afirmó Saint Aubin.—Para que el futuro, el amigo de la infancia, se haya pegado un tiro, pues esto es lo que se dice, es preciso que ella le haya desesperado por una de esas faltas irreparables que no se perdonan nunca...

—Sin embargo...

—No, no... En una palabra, todo el mundo sabe que de esta falta ha nacido una criatura que la señorita de Arvil fué á ocultar muy léjos, en alguna aldea extraviada, y allí la habrá encontrado el vizconde de Bures para matarse tontamente á causa de este descubrimiento.

—¡Tontamente! —murmuró Piriac asombrado.

—Sin duda—replicó Saint Aubin, repantigándose en la silla para contemplar las espirales de humo que se elevaban hasta el techo.—¿Debe uno matarse por un amorio? ¿No hay siempre mujeres bonitas dispuestas á consolar á un hombre joven y rico como el vizconde de Bures, que debía estar muy satisfecho de sí mismo, si se ha de creer lo que se dice?

El bretón, con los labios cerrados, se abismaba en sus reflexiones.

¿Por qué parecía interesarse tanto el barón en esta lejana historia, de la que nunca le había hablado después de tantos años como vivían juntos?

Apenas si alguna que otra vez había aludido á la situación de la señorita de Arvil, cuando por casualidad se presentaba ocasión de ocuparse de su vecina, la rubia señora Chagní, la inseparable de Magdalena,

¿De qué provenía esta repentina curiosidad?

El barón continuó:

—¡Matarse por una mujer que no quiere á uno es el colmo del absurdo! Se devuelve desprecio por desprecio. ¡Ah! Comprendo el suicidio del hombre que no ha conseguido su deseo, que cae de una altura en la que no puede sostenerse, á quien la suerte abandona y á quien su orgullo condena á desaparecer... ¡Entonces sí!

Saint-Aubin decía esto con una viveza tan irónica, que llamó la atención de Piriac.

El barón no abandonaba su tema.

Volvió á él en seguida.

—Lo que si es cierto en el asunto de la señorita de Arvil—dijo—es que ha tenido una criatura. ¿Quién es su padre y á consecuencia de que intriga ha venido al mundo? Esto importa poco, pero ello es que existe. Este es el hecho. ¿Qué ha sido de ella?

Piriac, que iba á cortar un trozo de queso, se detuvo y dijo:

—Bien quisiera decíroslo ¿pero como queréis que yo lo sepa?

Piriac se encogió de hombros.

El barón insistió.

—¿Es posible que no hayas tú traslucido nada teniendo tan buen olfato como tienes?

El bretón se echó á reír á carcajadas.

El barón pareció algo picado.

—Como, una aventura ocurrida en tu país y el de ese, tu amigo, ese general, ese soldado afortunado, ese tal...

—Jaime Fugeret.

Bueno. Una señorita; la señorita del castillo, se compromete terriblemente... ¿Con

quien?— No es esta la cuestión—pero el caso es que se compromete de veras. Esto es indiscutible. Hay un prometido... La situación de esta desgraciada la obliga á desaparecer... El prometido, justamente conmovido por esta desaparición, ó mejor dicho por esta fuga, marcha en su busca y la encuentra... Tú sabes lo demás... A consecuencia de esta tragedia de amor la joven vive sola... Se pasan los años... Se obstina en su celibato... Evidentemente hay aquí una razón para ese deseo de soledad... Pues bien, esta razón te la han debido decir cuando has estado en Bretaña.

—Nunca.

—Se te ha hablado de la criatura...

—Estáis en un error.

—En una palabra, del secreto de esta mujer ha debido traslucirse algo que ha podido ponerle en el camino de la verdad.

—Os juro que no...

Piriac parecía hablar con sinceridad, pero en realidad sabía más que lo que decía. Solo que creía que si hablaba haría traición al secreto de su amigo Fugeret y no quería hacerlo, como no lo hubiera hecho tampoco á cualquier secreto que el barón hubiese depositado en él.

Además, ¿qué era lo que él sabía? Que el general Fugeret, impulsado por una de esas pasiones brutales que turban la razón del hombre más fuerte, había cometido un crimen execrable; que este crimen había causado desgracias irreparables; que de esta infamia había nacido una criatura; que á esto se reducía todo lo que él sabía.

¿Dónde estaba la criatura?

¿Vivia?

¿Se cuidaba de ella su madre ó la había abandonado?

Otros tantos misterios impenetrables.

El semblante del barón se oscureció.

—Sus facciones expresaron una gran contrariedad.

Para calmar su mal humor, cogió un terrón de azúcar, lo redujo á polvo con el dedo pulgar y el índice de la mano derecha, sin hacer el menor esfuerzo.

—En verdad—dijo,—que te suponía mejor enterado. Es seguro que yo, que nunca me he ocupado de semejante asunto, sé de él más que tú.

—¿Es posible?

—Sí, á fé mia.

—¿Qué sabéis, pues?

—En primer lugar, que la leyenda que concierne á esa Magdalena de Arvil, tiene un fondo de verdad.

—¿Eso creéis?

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

—Es una idea. Y esa criatura es una niña.

—¿Estáis seguro?

—Sí y nó.

—Estáis enigmático.

—Como una esfinge. Además, esa niña debe estar abandonada de su madre, ó al menos desconocida por ella.

—¿Por qué creéis eso?

—La señorita de Arvil tiene una fortuna considerable.

—Enorme, en efecto.

—Considerable, basta. Su hija, por el contrario, se halla en una verdadera necesidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
ALFONSO
CALLE DE LA LIBERTAD 100

—¿La habéis visto?

—Puedo equivocarme, pero creo haberla visto.

—¿Dónde?

Piriac se sirvió un vaso de Burdeos, lo bebió, hizo un gesto de satisfacción y dijo:

—¡Exquisito!

Su cara demostraba una gran indiferencia. Sin embargo, aquella revelación inesperada, le interesaba prodigiosamente.

La criatura que su amigo Fugeret hubiera querido conocer, de la que con tanto calor le hablaba durante su última estancia en París, aquel ser á quien consideraba como el lazo que le unía á la mujer á quien había ultrajado tan cruelmente, existía.

¿Había encontrado su huella el barón ó era que quería excitar su curiosidad?

El bretón concluyó de almorzar.

Saint-Aubin le dió un cigarro y se levantó.

Pero no fué para irse.

Se puso á pasear de un extremo al otro del comedor, que no era grande.

Mientras paseaba continuaba hablando, pero en voz tan baja, que Piriac no podía oír bien lo que decía.

Al cabo de un largo rato se levantó á su vez el bretón, y poniéndose delante de su antiguo compañero, le preguntó sonriendo;

—¿No es una broma lo que me habéis dicho?

—¿Qué?

—¿La habéis visto?

—¿A quién?

—A la hija de la señorita de Arvil, suponiendo que la señorita de Arvil tenga una hija, lo que no está probado.

El barón se echó á reír, pero con una risa falsa y forzada.

—Habré soñado tal vez—dijo;—pero en efecto creo haberla visto.

—¿Se llama?

—No sé su nombre.

—¿Vive?

—Tampoco lo sé.

—¿Conserváis, sin embargo, la razón?

—¡Imbécil! ¿Qué crees, que estoy loco?

—No, pero...

—Bueno, déjame. ¿No sales?

—Sí, á menos que me necesitéis para algo.

—No. ¡Vete!

Piriac no se lo hizo repetir.

Salió diciendo para sí:

—Aquí hay algo... Abriré el ojo.

El barón, cuando se quedó solo, pensaba:

—Sí, aquí hay un enigma; pero yo descubriré la clave de él. ¡Si esa joven fuese la hija de Magdalena... qué fortuna! ¡A menos que su madre la haya abandonado voluntariamente!... ¿Será posible?... ¿Cómo saberlo?

De pronto se tocó la frente diciendo:

—¡La señora Chagny! Tal vez por ella...

XII

Miseria.

¿Cómo habían ido á parar las dos amigas y la vieja Mónica á aquel barrio lleno de fango, y á una casa de aspecto tan repugnante?

La explicación era muy sencilla.

Cuando llegaron á la estación de Lyon, no sabían dónde refugiarse.